

«Comienzo del Evangelio de Jesús Cristo, Hijo de Dios» (Marcos 1,1): ¿qué quiere decir que el Niño Dios es el Cristo, el Hijo de Dios? El Espíritu Santo tiene que madurar (purificar, aclarar, dar luz ...) nuestra conciencia para que percibamos el significado de esos títulos, y entender mejor así la Navidad.

Cfr. Domingo 2º de Adviento año B, 7 de diciembre de 2008. Marcos 1, 1-8; 2 Pedro 3, 8-14; Isaías 40, 1-5.9-11; 2 Domingo de Adviento, Año B, 7 diciembre 2008.

Isaías 40, 1-5.9-11: ¹ Consolad, consolad a mi pueblo - dice vuestro Dios. ² Hablad al corazón de Jerusalén y decidle bien alto que se ha cumplido su servidumbre y ha sido expiada su culpa, pues ha recibido de mano de Yahveh castigo doble por todos sus pecados. ³ Una voz clama: « En el desierto abrid camino a Yahveh, trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios. ⁴ Que todo valle sea elevado, y todo monte y cerro rebajado; vuélvase lo escabroso llano, y las breñas planicie. ⁵ Se revelará la gloria de Yahveh, y toda criatura a una la verá. Pues la boca de Yahveh ha hablado. ⁹ Súbete a un alto monte, alegre mensajero para Sión; clama con voz poderosa, alegre mensajero para Jerusalén, clama sin miedo. Di a las ciudades de Judá: « Ahí está vuestro Dios. » ¹⁰ Ahí viene el Señor Yahveh con poder, y su brazo lo sojuzga todo. Ved que su salario le acompaña, y su paga le precede. ¹¹ Como pastor pastorea su rebaño: recoge en brazos los corderitos, en el seno los lleva, y trata con cuidado a las paridas.

2 Pedro 3, 8-14: ⁸ . Mas una cosa no podéis ignorar, queridos: que ante el Señor un día es como mil años y, mil años, como un día. ⁹ No se retrasa el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos lo suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión. ¹⁰ . El Día del Señor llegará como un ladrón; en aquel día, los cielos, con ruido ensordecedor, se desharán; los elementos, abrasados, se disolverán, y la tierra y cuanto ella encierra se consumirá. ¹¹ Puesto que todas estas cosas han de disolverse así, ¿cómo conviene que seáis en vuestra santa conducta y en la piedad, ¹² esperando y acelerando la venida del Día de Dios, en el que los cielos, en llamas, se disolverán, y los elementos, abrasados, se fundirán? ¹³ Pero esperamos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y nueva tierra, en lo que habite la justicia. ¹⁴ Por lo tanto, queridos, en espera de estos acontecimientos, esforzaos por ser hallados en paz ante él, sin mancha y sin tacha.

Marcos 1, 1-8: ¹ Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. ² Conforme está escrito en Isaías el profeta: Mira, envío mi mensajero delante de ti, el que ha de preparar tu camino. ³ Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas, ⁴ apareció Juan bautizando en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados. ⁵ Acudía a él gente de toda la región de Judea y todos los de Jerusalén, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. ⁶ Juan llevaba un vestido de pie de camello; y se alimentaba de langostas y miel silvestre. ⁷ Y proclamaba: « Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo; y no soy digno de desatarle, inclinándome, la correa de sus sandalias. ⁸ Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.

1. Importancia del inicio del evangelio de San Marcos. Indica el título con el que ha de ser reconocido Jesús: es el Cristo, el Mesías. E indica su condición: es el Hijo de Dios. Todo ello es una «buena noticia», «un feliz anuncio», «el Evangelio».

- La palabra Cristo proviene del latín «christus» y ésta del griego «jristós», que, a su vez, es una traducción del hebreo «mashíaj» (en español, «mesías»), que significa «ungido».

La palabra unguento era el título o calificativo con el que los judíos se referían a sus sacerdotes, reyes y profetas, quienes por la unción se consagraban a su labor en el nombre de Dios. Los discípulos de Jesús de Nazaret, como tenían la certeza de que era el «mesías» prometido por las profecías judías, le aplicaron este título, llamándole Cristo Jesús o Jesucristo. Por la fe en él somos salvados.

- S. Marcos era de Jerusalén. Fue discípulo de S. Pablo, y después siguió a S. Pedro de quien recogió la predicación y, mientras estaba con él en Roma, entre el año 60 y el 70 d.C., escribió su Evangelio que es el más antiguo de los cuatro.
- Es importante la primera y breve frase del inicio del evangelio de hoy: “comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios:” Se ha escrito que Marcos expone las “credenciales” de Jesús. El Evangelista nos da el nombre del protagonista de su obra (Jesús), nos indica el título con el que quiere que sea reconocido (Cristo=Mesías), proclama su condición (Hijo de Dios) y declara expresamente que se trata de una «buena noticia», es decir, de un «feliz anuncio» (Evangelio).
- Nuevo Testamento, Eunsá 2004, Nota Mc 1,1-13: “El versículo inicial viene a ser como el pórtico de todo el Evangelio según San Marcos: Jesús de Nazaret es el Mesías («Jesucristo») y también «Hijo de Dios»; con él llega el momento de la salvación («comienzo») ya que Él mismo es la buena noticia de la salvación («Evangelio»).”
- Los apóstoles, enviados por Cristo, dieron testimonio, con su vida y su predicación, de Jesús. Dos ejemplos: :
 - a) Confesión de fe de San Pedro (Cf. Marcos 8, 27-30 y Mateo 16, 16): después de que los apóstoles le han dicho al Señor, ante una pregunta suya, que los hombres piensan que es Juan el Bautista, o Elías, o alguno de los profetas, Pedro declara: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”. “El Señor pregunta a sus Apóstoles qué es lo que los hombres opinan de Él, y en lo que coinciden sus respuestas reflejan la ambigüedad de la ignorancia humana. Pero cuando urge qué es lo que piensan los mismos discípulos, el primero en confesar al Señor es aquel que también es primero en la dignidad apostólica” (San León Magno, Sermo 4 in aniversario ordinationis suae 2-3).
 - b) San Pablo: “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús” (2 Corintios 4,5).
- Con esa confesión de fe acerca de Jesús de Nazaret, nació y se desarrolló la fe cristiana, es decir, alrededor de la certeza de que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios. Por ejemplo el centurión romano que estuvo presente en la muerte de Jesús, al que se podría calificar como “creyente pagano”: “El centurión, que estaba enfrente de él, al ver cómo había expirado, dijo: «En verdad este hombre era Hijo de Dios»” (Marcos 15, 39).

❖ Los nombres de Jesús en el Catecismo de la Iglesia Católica

- **[n. 452]**: El nombre de Jesús significa «Dios salva». El niño nacido de la Virgen María se llama «Jesús» «porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1, 21); «No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos» (Hechos 4, 12).
- **[n. 453]**: El nombre de Cristo significa «Ungido», «Mesías». Jesús es el Cristo porque «Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder» (Hechos 10, 38). Era «el que ha de venir» (Lucas 7, 19), el objeto de «la esperanza de Israel» (Hechos 28, 20).¹

¹ Joseph Ratzinger – Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, La esfera de los libros, 2007, pp. 49-50: “El descenso del Espíritu sobre Jesús con que termina la escena del bautismo significa algo así como la investidura formal de su misión. Por ese motivo, los Padres no están desencaminados cuando ven en este hecho una analogía con la unción de los reyes y sacerdotes de Israel al ocupar su cargo. La palabra «Cristo Mesías» significa «el Ungido»: en la Antigua Alianza, la unción era el signo visible de la concesión de los dones requeridos para su tarea, del Espíritu de Dios para su misión. Por ello, en Isaías 11, 2 se desarrolla la esperanza de un verdadero «Ungido», cuya «unción» consiste precisamente en que el Espíritu del Señor desciende sobre él, «espíritu de ciencia y discernimiento, espíritu de consejo y valor, espíritu de piedad y temor del Señor». Según el relato de san Lucas, Jesús se presentó a sí mismo y su misión en la Sinagoga de Nazaret con una frase similar de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido» (Lc 4, 18; cf. Is 61, 1). La conclusión de la escena del bautismo nos dice que Jesús ha recibido esta «unción» verdadera, que El es el Ungido esperado, que en aquella hora se le concedió formalmente la dignidad como rey y como sacerdote para la historia y ante Israel”.

- **n. 454:** El nombre de Hijo de Dios significa la relación única y eterna de Jesucristo con Dios su Padre: El es el Hijo único del Padre (Cf Juan 1, 14. 18; 3, 16. 18) y El mismo es Dios (Cf Juan 1, 1). Para ser cristiano es necesario creer que Jesucristo es el Hijo de Dios (Cf Hechos 8, 37; 1 Juan 2, 23).

- **n. 455:** El nombre de Señor significa la soberanía divina. Confesar o invocar a Jesús como Señor es creer en su divinidad. «Nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino por influjo del Espíritu Santo» (1 Corintios 12, 3).

❖ El mismo Evangelista cierra su Evangelio de un modo significativo: Jesús está sentado a la derecha de Dios (cf. Marcos 16, 19-20)

- “El Señor Jesús, después de hablarles, se elevó al cielo y está sentado a la derecha de Dios²”. Es uno de los artículos de la Fe que recitamos en el Credo.

- El Catecismo explica en diversos números qué significa estar sentado a la derecha de Dios. Tres de esos números son :

- **n. 663:** “Cristo, desde entonces, está sentado a la derecha del Padre: «Por derecha del Padre entendemos la gloria y el honor de la divinidad, donde el que existía como Hijo de Dios antes de todos los siglos, como Dios y consubstancial al Padre, está sentado corporalmente después de que se encarnó y de que su carne fue glorificada» (S. Juan Damasceno, f. o. 4, 2; PG 94, 1104C)”.

- **n. 664:** Sentarse a la derecha del Padre significa la inauguración del reino del Mesías, cumpliéndose la visión del profeta Daniel respecto del Hijo del hombre: «A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás» (Daniel 7, 14). A partir de este momento, los apóstoles se convirtieron en los testigos del «Reino que no tendrá fin» (Símbolo de Nicea-Constantinopla).

- **n. 1373:** «Cristo Jesús que murió, resucitó, que está a la derecha de Dios e intercede por nosotros» (Romanos 8, 34), esta presente de múltiples maneras en su Iglesia: (Cf Lumen Pentium 48) en su Palabra, en la oración de su Iglesia, «allí donde dos o tres estén reunidos en mi nombre» (Mateo 18, 20), en los pobres, los enfermos, los presos (Cf Mateo 25, 31-46), en los sacramentos de los que El es autor, en el sacrificio de la misa y en la persona del ministro. Pero, «sobre todo (está presente), bajo las especies eucarísticas» (Sacrosanctum Concilium 7).

2. La preparación para la celebración de la Navidad: debe ser también la toma de conciencia acerca de quién es el Niño Dios: EL Cristo, el Mesías, el Señor.

o Importancia de madurar la propia conciencia, de convertirnos, para acoger en nuestras vidas a Jesús como Mesías y Salvador.

- Para encontrarnos con el Señor es necesario percibir de modo correcto su presencia. Es necesario que madure nuestra conciencia, donde se perciben las realidades. Algunas indicaciones tenemos en la liturgia de hoy para entender al Señor.

- a) el tiempo, el reloj, del Señor es diverso del nuestro: “un día delante del Señor es como mil años, y mil años como un día” (2 Lectura de la 2 Carta de San Pedro);

- b) el Señor cumplirá sus designios, también cuando parece que tarda, porque él conoce los tiempos y los modos y hace falta que nos convirtamos: “No tarda el Señor su promesa, como algunos piensan, sino que espera con paciencia por amor de nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia” (2 Lectura de la 2 Carta de San Pedro);

- c) en la espera del Señor, le pedimos “ser hallados por El en paz, inmaculados e irreprochables” (2 Lectura de la 2 Carta de San Pedro).

² Cfr. Hechos 2, 33; 7, 56; cf también Salmo 110, 1

o **Es el Espíritu Santo quien madurará nuestra conciencia: la clarificará con su luz, nos hará conocer la verdad, etc.**

- Pedimos al Espíritu Santo – luz de las conciencias – que clarifique la nuestra para acoger verdaderamente a Jesús en nuestras vidas, como nuestro Mesías, Salvador, etc. La conciencia de cada uno “es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, donde él se encuentra a solas con Dios” (Gaudium et spes, 16). Es el lugar del encuentro entre el hombre y Dios y expresión de la dignidad humana.

El Espíritu Santo es el «Espíritu de Verdad» (Jn 16, 13), que conduce a los discípulos por los caminos de la verdad (Cf. Juan 8,32), con el fin de que obedezcamos al mensaje de amor que Cristo nos ha transmitido de parte de Dios (Cf. Juan 18,37; 1 Jn 3, 18-19). Él es la «luz de los corazones», (Cf. Secuencia Veni, Sancte Spiritus) es decir de las conciencias (Cf. JP II, Dominum et vivificantem, 42).

▪ **La conciencia tiene mucho que ver con la dignidad humana: es la propiedad clave del sujeto personal**

- La conciencia es “la propiedad clave del sujeto personal” (JP II Dominum et vivificantem, 43): “El Concilio Vaticano II ha recordado la enseñanza católica sobre la conciencia, al hablar de la vocación del hombre y, en particular, de la dignidad de la persona humana. Precisamente *la conciencia* decide de manera específica sobre esta dignidad. En efecto, la conciencia es « *el núcleo más secreto y el sagrario del hombre* », en el que ésta se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo. Esta voz dice claramente a « los oídos de su corazón advirtiéndole ... haz esto, evita aquello ». Tal capacidad de mandar el bien y prohibir el mal, puesta por el Creador en el corazón del hombre, *es la propiedad clave del sujeto personal*”.

o **Por tanto, es necesaria la intervención del Espíritu Santo para reconocer al Niño Dios como nuestro Salvador, Cristo, Señor, Mesías.**

- Es necesaria absolutamente la intervención del Espíritu Santo para reconocer al Niño Dios como nuestro Salvador, a causa de la “fatiga de la conciencia o del corazón”, que se manifiesta en los innumerables condicionamientos de la conciencia, en los desequilibrios que hunden sus raíces en el corazón humano, en las limitaciones compatibles con el hecho de que el hombre “se siente ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior”. El hombre “atraído por muchas sollicitaciones, tiene que elegir y que renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente *hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo* » (Cf. Gaudium et spes, 10; Enc. Dominum et vivificantem, 44).
- Son los condicionamientos de la libertad causados por la enfermedad, por los malos hábitos, por el temperamento, por la ignorancia, por las malas pasiones, por dificultades patológicas y por la violencia, etc. En lo más íntimo del hombre “el Espíritu Santo infunde constantemente la luz y la fuerza de la vida nueva según la libertad de los hijos de Dios”; “la madurez del hombre en esta vida está impedida por los condicionamientos y las presiones que ejercen sobre él las estructuras y los mecanismos dominantes en los diversos sectores de la sociedad ... que en vez de favorecer el desarrollo y la expansión del espíritu humano, terminan por arrancarlo de la verdad genuina de su ser y de su vida - sobre la que vela el Espíritu Santo -, para someterlo así al «Príncipe de este mundo»” (cfr. Dominum et vivificantem, n. 60).

3. Como preparación para esta Navidad podemos reafirmar en nosotros, bajo la acción del Espíritu Santo, el convencimiento de que el fundamento de nuestra fe, de nuestra religiosidad, etc. es Jesucristo Nuestro Señor, a quien queremos conocer y dar a conocer, y con quien queremos identificarnos, para vivir en comunión con Él, ya que en esto consiste la vida cristiana; es el único camino hacia Dios, la plenitud de la revelación.

- DECLARACIÓN **DOMINUS IESUS** (6 agosto 2000): Fiel a la palabra de Dios, el Concilio Vaticano II enseña: « La verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación ».9 Y confirma: « Jesucristo, el Verbo hecho carne, “hombre enviado a los hombres”, habla palabras de Dios (Juan 3,34) y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió (cf. Juan 5,36; 17,4). Por tanto, Jesucristo—ver

al cual es ver al Padre (cf. Juan 14,9)—, con su total presencia y manifestación, con palabras y obras, señales y milagros, sobre todo con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos, y finalmente, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con el testimonio divino [...]. La economía cristiana, como la alianza nueva y definitiva, nunca cesará; y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (cf. 1 Timoteo 6,14; Tito 2,13) ».10

- CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 65: (...) Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En El lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta. S. Juan de la Cruz, después de otros muchos, lo expresa de manera luminosa, comentando Hebreos 1, 1-2: Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra...; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado todo en El, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad (Carm. 2,22).
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 2470: El discípulo de Cristo acepta «vivir en la verdad», es decir en la simplicidad de una vida conforme al ejemplo del Señor y permaneciendo en su Verdad. «Si decimos que estamos en comunión con él, y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos conforme a la verdad» (1 Juan 1, 6).
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 259: Toda la economía divina, obra a la vez común y personal, da a conocer la propiedad de las personas divinas y su naturaleza única. Así, toda la vida cristiana es comunión con cada una de las personas divinas, sin separarlas de ningún modo. El que da gloria al Padre lo hace por el Hijo en el Espíritu Santo; el que sigue a Cristo, lo hace porque el Padre lo atrae (Cf Juan 6, 44) y el Espíritu lo mueve (Cf Romanos 8, 14).
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 425: «Anunciar... la inescrutable riqueza de Cristo» (Efesios 3, 8) - **La transmisión de la fe cristiana es ante todo el anuncio de Jesucristo para llevar a la fe en El.** Desde el principio, los primeros discípulos ardieron en deseos de anunciar a Cristo: «No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hechos 4, 20). Y ellos mismos invitan a los hombres de todos los tiempos a entrar en la alegría de su comunión con Cristo: Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida -pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y se nos manifestó-, lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Os escribimos esto para que vuestro gozo sea completo (1 Juan 1, 1-4).

4. Una pregunta importante en nuestro tiempo, como preparación en este Adviento para celebrar la próxima Navidad: ¿es Jesús el Señor de mi vida?

- **Es Cristo que pasa**, 11 (La *vocación cristiana*, homilía en el I domingo de Adviento, 2/12/1951): “Es preciso que no haya recovecos en el alma, donde no pueda entrar el sol de Jesucristo. Hemos de echar fuera todas las preocupaciones que nos aparten de Él; y así Cristo en tu inteligencia, Cristo en tus labios, Cristo en tu corazón, Cristo en tus obras. Toda la vida - el corazón, las obras, la inteligencia y las palabras - llena de Dios. (...) Todo el panorama de nuestra vocación cristiana, esa unidad de vida que tiene como nervio la presencia de Dios, Padre Nuestro, puede y debe ser una realidad diaria.”
- **Raniero Cantalamessa**, *La fe en Cristo hoy y en el inicio de la Iglesia*, predicación sobre el Adviento en el Vaticano, 2/12/05: “**Elegir a Jesús como Señor** - Hemos partido de la pregunta: «¿qué lugar ocupa Cristo en la sociedad actual?»; pero no podemos terminar sin plantearnos la cuestión más importante en un contexto como éste: «¿qué lugar ocupa Cristo en *mi* vida?». Traigamos a la mente el diálogo de Jesús con los apóstoles en Cesarea de

Filipo: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre? ...Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mateo 16,13-15). Lo más importante para Jesús no parece ser qué piensa de él la gente, sino qué piensan de él sus discípulos más cercanos.

He aludido antes a la razón *objetiva* que explica la importancia de la proclamación de Cristo como Señor en el Nuevo Testamento: ella hace presentes y operantes en quien la pronuncia los eventos salvíficos que recuerda. Pero existe también una razón *subjetiva*, y existencial. **Decir «¡Jesús es el Señor!» significa tomar una decisión de hecho. Es como decir: Jesucristo es «mi» Señor; le reconozco todo derecho sobre mí, le cedo las riendas de mi vida; no quiero vivir más «para mí mismo», sino «para aquél que murió y resucitó por mí» (Cf. 2 Corintios 5,15).**

Proclamar a Jesús como propio Señor significa someter a él toda región de nuestro ser, hacer penetrar el Evangelio en todo lo que hagamos. Significa, por recordar una frase del venerado Juan Pablo II, «abrir, más aún, abrir de par en par las puertas a Cristo».

Me ha ocurrido a veces ser huésped de alguna familia y he visto lo que sucede cuando suena el telefonillo y se anuncia una visita inesperada. La dueña de la casa se apresura a cerrar las puertas de las habitaciones desordenadas, con la cama sin hacer, a fin de conducir al invitado al sitio más acogedor. Con Jesús hay que hacer exactamente lo contrario: abrirle justamente las «habitaciones desordenadas» de la vida, sobre todo la habitación de las intenciones... ¿Para quién trabajamos y por qué lo hacemos? ¿Para nosotros mismos o para Cristo, por nuestra gloria o por la de Cristo? Es la mejor forma de preparar en este Adviento una cuna acogedora a Cristo que viene en Navidad.”

- **Raniero Cantalamessa**, *La parola e la vita*, Anno B, Città Nuova IX edizione giugno 2001, p. 20:

“Es la hora de volver a la “buena noticia sobre Jesús Cristo Hijo de Dios, y para gritarla con fuerza (¡éste es el sentido del *kerygma*!) en Jerusalén y en las ciudades de Judea, es decir en la Iglesia y fuera de la Iglesia. Isaías nos ofrece el modelo sobre cómo se debería anunciar hoy el Evangelio (...) Nos enseña cómo hacer de este anuncio un anuncio de liberación y de consolación para el hombre de hoy, que está curvado bajo el peso de tantas esclavitudes: : “Consolad, consolad a mi pueblo - dice vuestro Dios - . Hablad al corazón de Jerusalén y decidle bien alto que se ha cumplido su servidumbre y ha sido expiada su culpa”. Decidle: *ha acabado tu esclavitud*. Ha acabado con tal que reconozcamos el tiempo de su visita (cf. Lucas 19, 44: del llanto de Jesús sobre Jerusalén: “y no dejarán sobre ti piedra sobre piedra, porque no has reconocido el tiempo de la visita que se te ha hecho”).

www.parroquiasantamonica.com